

SECCION TEATRO

CONCURSO LITERARIO "RICARDO MIRO"

1 9 6 3

E L M E N D I G O Y E L A V A R O

de: Tirso

E L M E N D I G O Y E L A V A R O

Personajes, según el orden en que aparecen:

CARMEN

ROBERTO: Esposo de Carmen

CECILIA: Hermana de Carmen

EMILIO: Hijo de Carmen y Roberto

Derecha e izquierda, las del público.

No quiero escenografía. La obra trata de almas, de almas que se frotan, chocan y muerden entre sí. La obra no necesita apoyarse en el mundo para nada; ni muebles, ni paredes; nada. Sólo lo rigurosamente necesario: una, dos, sillas. Todo debe estar a oscuras salvo el pequeño hueco en el espacio que ocupan los cuerpos de los personajes. Pero, sobre todo, nada de escenografía. Yo, por mi parte, me encargaré de que tampoco en el diálogo o en el conflicto aparezca el mundo distrayendo la atención del ámbito estrictamente anímico en que está situada la obra. Las pocas veces que lo haga será sólo para que su ausencia no se note, quiero sólo que se sienta. Tampoco quiero que los personajes se muevan mucho. El espacio es justamente la dimensión que descarto, pues las almas no lo ocupan. Ni que griten en ningún momento, por lo menos en voz alta, pues el grito carga el acento sobre esa parte de la palabra que menos me interesa en esta obra.

CARMEN

(En lo oscuro. Hablando por teléfono. Poco a poco irá espesándose una luz de reflectores sobre ella, a la izquierda. Conviene que el teléfono no se vea, o que por lo menos se aparten de él en la escena siguiente)

¿Haló? Sí. Hola, ¿cómo está usted, señora marquesa? ¿Cómo? Sí. Sí. Muchas gracias. Je, je. Bueno, ¿cómo estás? ¿Sí?

Cuánto me alegro. Me dijeron que quería..., que querías hablar-me, y pensé que ahora... No, no, hoy no. Ya es tarde. Claro que si usted quiere..., si tú quieres, mejor dicho..., Claro. Claro. Pero había pensado que ahora podíamos quedar para otro día. ¿El jueves? Sí, sí, iré. Nunca faltó a mis reuniones. ¿Y... "vosotras"? Je, je. Muy bien. Ya hablaremos entonces. ¿Ah, era para eso? ¿Media docena más? Sí, se lo diré. Quizás la vea esta misma tarde. De nada. Cómo vas a creer. No, nada.

(Entra Roberto. Antes de que éste le diga nada, ella le hace un gesto con la mano para que no la interrumpa)

CARMEN

(Continuando sin interrupción)

Bueno, sí, pensaba ir de compas. Con mi marido. Je, je. Sí. Je, je. Qué ocurrencias! Qué ocurrencias. Bueno, quedamos en eso. El jueves. Adiós. Muchas gracias. Adiós. Adiós.

(Espera a que la otra cuelgue para colgar ella)

ROBERTO

¿Estás ya lista?

CARMEN

(Transición. Agria)

Tengo más de media hora de estar esperándote y me preguntas si estoy ya lista.

ROBERTO

Bueno, vente, vamos. ¿Emilio?

CARMEN

No sé. Debe de estar ya donde Cecilia. Para ése su madre es ella, no yo.

ROBERTO

El no tiene la culpa.

CARMEN

No. La tengo yo. Sólo faltaba que dijeras eso.

ROBERTO

Pues sí, Carmen, sí, la tienes tú. Te haces tan...

CARMEN

¿Tan, qué?

ROBERTO

Tan... disgustante, cuando hablas mal hasta de tu propia hermana... Antes por lo menos esperabas a que estuviéramos solos para decirme esas cosas tuyas. Pero últimamente ya no respetas ni la presencia del muchacho.

CARMEN

¿Mis cosas?

ROBERTO

Me refiero a las peleas. Cada vez peleas más. Conmigo, con la criada, con él. No se salva nadie. Y por lo menos conmigo, no me gusta que peleemos frente a Emilio. El otro día, en el comedor, te pusiste a hablar tonterías. El te estaba oyendo, te miraba, extrañado. Después me miró a mí, como preguntándome. Yo tuve que bajarle los ojos. ¡No me gusta tener peleas frente al muchacho! Además, ya sabes cuánto quiere a tu hermana, y oírte hablar así, tan mal de ella, lo desorienta, y lo hace quererla más, y quererte menos a tí. Es tu culpa.

CARMEN

Ya! Saltó la liebre.

ROBERTO

¿Qué quieres decir?

CARMEN

Nada. Bueno, ¿y qué más?

ROBERTO

Carmen, Emilio es un hombre ya. Ha dado su primer paso en el mundo, y si comienza desorientándose hasta en su propia casa... Su casa debe ser un refugio, un sitio en donde todo lo vea claro, libre de intrigas y..., y mala fe. Ya la encontrará fuera del hogar. Pero, por lo menos aquí, conviene que aquí no vea nada de eso.

CARMEN

Hablemos claro. ¿Te preocupa Emilio... o Cecilia?

ROBERTO

Ya sabía yo que no lo ibas a comprender.

CARMEN

(Con una suficiencia repugnante)

Ay, Roberto, lo que pasa es que lo comprendo demasiado bien. Si está clarísimo.

ROBERTO

Sólo tú serías capaz...

CARMEN

...¿de creer que quieres a Cecilia? No, Roberto. Sería el colmo. Tú ya no estás para esos trotes. Ni ella para inspirarlos. Bueno, ella ni ahora ni nunca.

ROBERTO

¿Pero qué mal te ha hecho tu hermana para que la odies así? ¿No te das cuenta de que te estás envileciendo cada día más con ese odio, esa pequeña maldad tuya de todos los días? ¿Y de que Emilio lo nota?

CARMEN

¿Ahora vas a decirme que te preocupas por mí?

ROBERTO

No hay manera, ¿eh, Carmen? ¿No hay manera de hacerte comprender?

CARMEN

No necesito comprender lo que dices. Te comprendo a tí. Estás convencido de que por culpa mía no te casaste con Cecilia, de que yo me serví de no sé qué extraños manejos para conseguírte. Estás arrepentido de haberte casado conmigo. Es eso, ¿verdad? Contesta! Dímelo, no importa! Dime que sí! Dímelo!

ROBERTO

Esas son tonterías tuyas. Hablábamos de Emilio.

CARMEN

Eso es lo que tú crees.

ROBERTO

(Se da por vencido)

Ven, vamos. Tengo poco tiempo hoy.

CARMEN

~~Me~~ No vamos a ir donde Cecilia. Tengo que ir de compras. Vas

a acompañarme a los almacenes.

ROBERTO

Vamos a ir a visitar a tu hermana. Está enferma. Por lo menos este poco se espera de tí.

CARMEN

Vamos a ir a los almacenes primero. Después, si alcanza el tiempo, iremos a visitarla.

ROBERTO

Es tu hermana!

CARMEN

Tengo que ir de compras.

ROBERTO

Carmen...

CARMEN

¿Qué?

ROBERTO

Sí.

CARMEN

Ya estás más razonable. Después iremos donde Cecilia, si alcanza el tiempo.

ROBERTO

No era eso a lo que te decía que sí.

CARMEN

(Se miran)

Bueno. No importa.

(Transición)

Pero salgamos ya, que se nos hace tarde. Nos van a cerrar los almacenes.

(Oscuro)

(Se hace una luz suave, apacible sobre Cecilia, que borda en la parte delantera del escenario. Entra Emilio)

EMILIO

Hola, tía.

CECILIA

Hola, Emilio. No los esperaba todavía.

EMILIO

No. He venido sol@. Papá y mamá vendrán después.

CECILIA

Siéntate.

(Emilio se sienta en el suelo, a sus pies)

EMILIO

Creíamos que todavía estaría en cama. ¿Le dió el médico permiso para levantarse?

CECILIA

Sí. Si ya no tengo nada. Son ustedes demasiado buenos con esta vieja inútil. Se preocupan demasiado.

EMILIO

Le he traído flores.

CECILIA

¿Dónde están?

EMILIO

Las he dejado fuera. La gente suele servirse de cosas para expresar sus sentimientos. A mí me gusta llevar mis recados personalmente.

CECILIA

¿Desconfías de las cosas?

EMILIO

No sé.

CECILIA

Haces bien. Pero no con las flores. Las flores son los seres más hermosos de la naturaleza, los más efímeros, los más pobres. En eso se parecen a la gente.

EMILIO

A cierta gente por lo menos.

(Ella le agradece con dos suaves palmaditas)

CECILIA

Bueno, dame tu recado.

EMILIO

También desconfío de las palabras, tía.

(Se miran)

CECILIA

Con los ojos entonces.

(Pausa)

EMILIO

! He estado tan preocupado, tía! Creí que no iba a sanar. El médico había dicho...

(No sigue)

CECILIA

Tonto! Los médicos no saben nada. Esta mañana ha tenido que reconocerlo. Estoy ya completamente bien. Ven, dame un beso.

(La besa en la mejilla)

EMILIO

¿Está ya de veras completamente bien? ¿Se le han ido los dolores?

CECILIA

Sí. No te preocupes más. Me halaga ver tanta preocupación. Quisiera estar más enferma, ¿sabes? Quisiera que me doliera algo, para merecerla.

EMILIO

Yo se la doy gratis.

CECILIA

No. No la acepto. Tú eres joven. Tienes demasiadas cosas en qué pensar para estar preocupándote por esta pobre vieja.

EMILIO

Si no me preocupo yo, ¿quién se va a preocupar, tía?

CECILIA

Yo, hijo. Es lo único que tengo que hacer, en resumidas cuentas.

EMILIO

Pues no lo hace bien, tía. No lo hace bien. Si no es que, de casualidad, me di cuenta de que estaba enferma, y llamé al mé-

dico..., no sé qué hubiera pasado.

CECILIA

No hubiera pasado nada. Ya ves qué pronto he sanado.

EMILIO

Porque atajamos pronto la enfermedad. Le sentaron bien los remedios.

CECILIA

Tengo más fe en mis santos que en tus remedios.

EMILIO

¿Y rezó mucho para que la curaran sus... santos?

(Emilio deniega con la cabeza)

No. Usted es incapaz de pedir para sí misma.

CECILIA

No tengo necesidad. Otros piden por mí. Desconocidos. Y además, la mejor forma de pedir para uno mismo es pidiendo para los otros. Yo los conozco, a mis santos. ¿No ves que ellos lo ven todo?

EMILIO

Es magnífica una religión que forja almas como la suya.

CECILIA

Es verdadera.

EMILIO

Aquí en la tierra, sí, en esta vida, de la muerte para acá.

CECILIA

Y de la muerte para allá. Si no fuera por eso perdería todo su sentido.

EMILIO

No todo su sentido, tía. No todo. No el más profundo.

CECILIA

Te he pedido ya, Emilio, que no me hables así. No me gusta.

EMILIO

Perdóneme. ¿Sabe usted que papá y mamá se enojaron mucho cuando supieron que usted estaba enferma y que yo no les había dicho nada? Sobre todo mamá. Se puso furiosa. Pelea mucho conmigo.

CECILIA

¿No les dijiste que yo te había hecho prometerme que no les contarías nada?

EMILIO

Sí. Pero no lo comprendieron. Y tampoco yo comprendo cómo puede guardar semejante promesa.

CECILIA

No quería que se preocuparan. Son demasiao buenos. Ya ves con qué frecuencia vienen desde que lo supieron. Quería evitarles esa molestia. No tenía nada.

EMILIO

¿Nada? ¿Y los dolores? Dice el médico que debieron ser muy fuertes.

CECILIA

También el dolor tiene derecho a existir, y si no es en nosotros, ¿dónde más se le va a acoger?

EMILIO

Es usted una santa, tía.

CECILIA

Quítate eso de la cabeza, hijo. Soy una cristiana solamente, más o menos buena.

EMILIO

! Más o menos buena! Le digo que una santa. Pero con todo y eso no pienso volver a hacerle caso. Se lo advierto. Ahí estuvieron las recetas tiradas más de tres días. Y usted sin comprar los remedios.

CECILIA

Ya te he dicho que creo más en mis santos.

EMILIO

No, tía, no era eso. No tenía usted dinero. Confiéselo.

CECILIA

Bueno, lo confieso. No tenía dinero. Estaba esperando que me pagaran unos bordados, pero se atrasaron.

EMILIO

Pero pudo pedírmelo a mí, o a papá, o a mamá, o... a cualquiera.

CECILIA

Estaba esperando que me pagaran de un momento a otro. No creí que esta vez se iban a atrasar.

EMILIO

No, tía. No pienso guardarle ninguna otra promesa.

CECILIA

No importa. No volveré a enfermarme.

EMILIO

Dicho con otras palabras, tomará sus precauciones para que yo no me entere la próxima vez que se enferme.

CECILIA

No. Te lo diré. Te lo prometo. Háblame de tus estudios.

EMILIO

Lo dudo. Antes la veo cambiando de cara que de manera de ser.

CECILIA

Háblame de tus estudios.

EMILIO

Me falta un año para terminar la carrera.

CECILIA

Ya lo sé. ¿Estudias mucho este bimestre?

EMILIO

Lo normal.

CECILIA

Ayer tarde olvidante un libro en la otra habitación.

EMILIO

Sí.

CECILIA

¿Qué piensas hacer cuando termines?

EMILIO

No sé. Trabajar con papá, supongo.

CECILIA

¿Y es eso lo que quieres?

EMILIO

Sí, supongo.

CECILIA

¿Supones?

EMILIO

En el fondo lo que quiero es ser puro, tía. Bueno. Quisiera ser bueno.

CECILIA

Eso es fácil, Emilio.

EMILIO

No, no, es difícil, difícilísimo. Sobre todo para mí.

CECILIA

¿Por qué? Tus padres son buenos. Imítalos. Excepto en cuestiones de religión. Porque, siguen siendo indiferentes, ¿verdad?

(Emilio hace gesto de que no sabe)

Excepto en eso, imítalos en todo. Tienes en ellos un modelo muy cerca.

EMILIO

(Poniéndole una mano sobre su pierna)

Tengo un modelo, pero no son ellos, tía.

CECILIA

¿Cuándo has visto en mí una acción buena? No seas tonto.

EMILIO

Ahora. En este justo instante.

CECILIA

Tonto.

EMILIO

Para mí es tan importante, y tan difícil. Y lo será aún más cuando termine la carrera y vaya a trabajar con papá a la fábrica. Cuando ~~q~~ tenga que dedicarme a ganar dinero a costa de los obreros, de los pobres.

CECILIA

¿Y es eso lo que tú crees que tu padre hace? Estás equi vocado, Emilio. Si tu padre descuidara sus intereses la fábrica se vendría abajo, y los más perjudicados serían esos mismos obreros.

EMILIO

Sí, ya lo sé.

CECILIA

Piensa con detenimiento las cosas y verás que tu padre tiene razón en todo lo que hace.

EMILIO

Ya lo sé. Pero, ¿cómo va uno a pensar frente a un tipo tosiedo? ¿Sa be usted?, hay un obrero en la fábrica: Gutiérrez. Está tuberculoso. Tiene dos hijos. Su mujer también es buena. Un poco neurótica, pero es buena. Y él está tuberculoso. Ha/^{de}mandado a papá por unas vacaciones que él no tiene obligación de darle. Y no es que no tenga obligación porque las leyes estén mal hechas, no, es que si se las da, habría que dárselas a todos, y el negocio se vendría abajo, y ellos mismos serían los perjudicados, de manera que la ley ~~le~~ lo protege negándole esas vacaciones.

CECILIA

¿Entonces? Tú mismo comprendes que es por su propio bien.

EMILIO

El tipo tóse, tía.

(Baja la cabeza)

Escupe sangre. El otro día estaban tomando licor, los obreros. Después de tomar Gutiérrez le dió un acceso de tos. Todo el mundo permaneció en silencio. No querían seguir tomando de la botella. Pero ~~no~~ tampoco querían herirlo a él. Les daba vergüenza. Yo cogí la botella y tomé. Era un ron amargo, profundo. Pero bueno. Aquello fué sabroso.

(Transición)

Perderá. Seguro. Es lo justo. Tiene un abogado bueno, uno de esos resentidos que ayudan a los pobres, pero papá se ha conse-

guido otro mejor. Mejor significa más caro. Si en un principio le hubiera dado a Gutiérrez la mitad de lo que se va a gastar en abogados y sobornos, le habría dado más de lo que éste pide.

CECILIA

Tú has comprendido que no se trata de ese Gutiérrez solamente. Si Roberto cediese ante él, todos los demás obreros querrían aprovecharse también.

EMILIO

Y el negocio se vendría ahajo, y ellos mismos se quedarían sin trabajo.

CECILIA

Eso es.

EMILIO

!Pero el tipo sigue tosiendo, tía!

CECILIA

Te duele mucho, ¿verdad?

(Emilio baja la cabeza)

¿Y todavía quieres ser bueno? Ya lo eres.

EMILIO

La bondad debe poder verse, tocarse, acariciarse, para consolar-nos. Y yo aquí lo único que hago es emitir una serie de sonidos más o menos articulados.

CECILIA

Dios te acaricia la voz, hijo.

EMILIO

Dios entonces está consolado. Pero, a mí, ¿quién me consuela?

(Cecilia le acaricia la cabeza)

CECILIA

Yo.

(El le besa las manos)

No te preocupes por Gutiérrez. También a él se le consolará. "Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados". Por un a mano más justa y más suave que la mía.

EMILIO

(Deniega)

El no quiere consuelo, quiere dinero.

CECILIA

(Sonríe)

Es lo mismo. Para un pobre es lo mismo. Yo rezaré por él de ahora en adelante.

EMILIO

Es usted tan buena. Me habría hecho una idea equivocada de la gente si no fuera por usted.

CECILIA

Qué tonterías hablas. Tienes a tus padres, que te quieren más que yo.

(El no contesta)

Haces bien en querer ser bueno. Es lo único que vale la pena. El Señor, que es el manantial de toda bondad, recompensa a los buenos con su gloria.

EMILIO

No. Nosotros somos la única cantera de bondad. Si no sale de nosotros, no saldrá de ningún sitio, porque Dios no existe. !Es justamente por eso que quiero ser bueno, tía, porque Dios no existe!

(18)

CECILIA

! No vuelvas a decir eso, Emilio! !No lo vuelvas a decir en tu vida! Por lo menos frente a mí.

EMILIO

Perdóneme.

CECILIA

Sería horroroso. ¿No comprendes?

EMILIO

Sí, perdóneme.

CECILIA

Te puedés condenar por decir una tontería como esa.

EMILIO

No lo volveré a decir. Se lo prometo.

CECILIA

No es tu culpa. Es esa educación que les dan hoy en día, atea, falta de todo principio. Es muy distinta ala que se recibía en mi época.

EMILIO

¿Cómo era ~~en~~ usted en esa época, tía? Cuando era joven.

CECILIA

Pues igual a como soy ahora, sólo que joven. Por eso debe ser que el mundo se ha vuelto tan complicado.

EMILIO

A veces me pongo a ver esos retratos viejos de usted y mamá. Hay uno en el que están usted y ella y todo el grupo de su clase.

CECILIA

Yo era la más fea.

EMILIO

No diga eso.

CECILIA

¿Por qué no? Es la verdad.

EMILIO

Usted está en uno de los extremos. Sólo se le ve la cara, sonriendo.

CECILIA

Tu madre, en cambio, en el centro.

EMILIO

En casi todas las fotografías está usted sonriendo. Una sonrisa muy hermosa, tranquila.

CECILIA

Sí, yo sonreía mucho, entonces. Y ahora, todavía ahora sonrío.

(Sonríe)

¿No te parece?

(Emilio asiente)

EMILIO

¿Cómo era usted entonces, tía?

CECILIA

Ya te lo he dicho. Fea.

EMILIO

Digo, por dentro.

CECILIA

¿Por dentro? No sé. Por dentro no sonreía. Sabía que nunca llegaría a tener nada, que los años me iban a encontrar cada vez más sola y más pobre. Y ya ves, no me equivoqué. ¿Para qué quieres saberlo?

EMILIO

El otro día, en el comedor, estábamos hablando de usted, de su

enfermedad, y papá se puso a comentar cómo había cambiado usted con los años.

CECILIA

¿Sí? ¿Y qué dijo?

EMILIO

Que era usted muy alegre, y muy inteligente, la mejor de su clase. Pero que le había ido tan mal en la vida que se había ido marchitando.

CECILIA

Y tu mamá, ¿qué decía?

EMILIO

Es curioso que me haga esa pregunta. Mamá, sin ningún motivo aparente, de pronto se enojó con papá. Le dijo que por qué no se casó con usted en vez de con ella. Pelearon. Pelean a menudo.

CECILIA

¿Por mí?

EMILIO

No. Por todo. Siempre están nerviosos. Mi papá por sus asuntos en la fábrica. Mamá, por sus compromisos con la sociedad. Usted los conoce.

CECILIA

A Carmen sí, porque es mi hermana. A tu padre no. Y ella es buena en el fondo. Lo que pasa es eso, que tiene muchos compromisos con esas damas de sociedad y siempre está nerviosa. Tu padre es bueno también. Aunque no lo conozco, lo sé. Ya ves tú los problemas que tiene que afrontar en la fábrica.

EMILIO

Dígame una cosa, tía. En esa pelea hubo algo ~~de~~ interesante que

quisiera saber si es verdad.

CECILIA

¿Sí? ¿Qué?

EMILIO

Mamá le dijo a papá que él creía que había sido ella la que le impidió que se casara con usted, que se lo había ganado a usted con trampas, porque él de quien había estado enamorado al principio era de usted.

CECILIA

¿Pero tu madre cree eso? ¿Pero es que tu padre le ha dicho alguna vez semejante barbaridad?

EMILIO

No. Eso es lo interesante. Es un remordimiento que tiene mamá que de pronto se le asomó ese día. Dígame, tía, ¿es eso cierto?

CECILIA

¿Qué?

EMILIO

¿Papá se enamoró de usted primero?

CECILIA

No.

EMILIO

La verdad, tía.

CECILIA

Aunque lo fuera. Se casó con ella.

EMILIO

¿Hizo trampa? ¿Se lo quitó a usted con esas mañas que tan bien maneja?

CECILIA

No.

EMILIO

Bueno, no les llamemos mañas. Coquetería... o ingenio, viveza...

CECILIA

No. Eso es falso. Tu padre me conoció a mí primero, es cierto. Cuando fué a casa conoció a Carmen. Nos comparó. Tu madre era tan bonita. Se casó con ella.

EMILIO

!Pobre mamá!

CECILIA

No. Ella no debe tener remordimientos. Yo no quiero que los tenga. !Si hubiera alguna manera de decírselo!

EMILIO

No sea usted tan generosa, tía, que ella a usted...

CECILIA

Ella a mí no me quiere mucho. Ya lo sé. Pero eso no es motivo para no quitarle ese dolor que no le pertenece, ese remordimiento. Es infundado. No tiene razón de ser. Bastantes sufrimientos tiene ella con sus cosas para que encima de todo sufra por esas suposiciones. Debemos quitarle ese dolor, Emilio.

EMILIO

Yo hablaré con ella, cuando se presente la oportunidad. Le diré... No sé.

CECILIA

No, con ella no. Sería peor. Habla con tu padre, lo más cauta, lo más disimuladamente que puedas. Que sea él quien le hable a ella. Pero que no sepa que yo... Como si fuera cosa tuya, ¿sabes?

EMILIO

Quiere hacer el bien sin tocar campanillas, ¿verdad?

CECILIA

Dios me oye, y mis santos.

EMILIO

Y yo.

(La besa en las mejillas)

En el nombre de mamá, gracias.

CECILIA

Es por eso que no he querido nunca aceptar la invitación de tu padre de irme a vivir con ustedes.

EMILIO

¿Usted sabía ya entonces?

CECILIA

Sí. No. Lo sospechaba, lo temía solamente. Pero no, no creía que tu madre pensara eso. Sin embargo, siempre es bueno precaverse. Sobre todo cuando está en juego la felicidad de la gente.

EMILIO

También usted es un manantial caudaloso.

CECILIA

Sigo sólo el ejemplo y el camino de Nuestro Señor.

EMILIO

¿El Calvario?

CECILIA

De la muerte para acá, sí. Oigo ruidos. Deben ser tus padres.

(En efecto, entran Roberto y Carmen)

CARMEN

Ya te dije que estaría aquí.

(Emilio)

ROBERTO

Hola, hijo.

EMILIO

Hola, papá. No tenía qué hacer y me adelanté un poco. -Hola, mamá.

(La besa)

ROBERTO

¿Qué? ¿Cómo sigue la enferma?

(Le toca la frente. Cecilia se ruboriza pero no lo nota nadie)

CECILIA

Bien. Completamente. Trabajando de nuevo.

ROBERTO

Por eso ha de ser que enfermaste. Trabajas demasiado.

CECILIA

A estos bordados no se les puede llamar trabajo.

ROBERTO

A ver. Tienes una mano prodigiosa. En otro tiempo hubieras podido hacer una fortuna. Pero hoy en día, con las máquinas...

EMILIO

Una máquina nunca podrá hacer ese trabajo. Habría que dotarlas antes de un aparatito especial que temblara, que incluso se equivocara un poco. ¿Eh, tía?

ROBERTO

No he dicho que se pudiera hacer mecánicamente. Sólo que los confeccionados a máquina han rebajado el precio de estos encajes hechos a mano. Es una verdadera labor de arte.

CECILIA

Me los pagan generosamente. Gracias a tu mujer y sus amigas.

CARMEN

Por cierto, la esposa del embajador de España me ha dicho que te encargara media docena más de pañuelitos. Como los de la otra vez, con su nombre bordado en la esquina.

CECILIA

Ah, muy bien. Gracias. Sólo que esa señora tiene un nombre tan largo.

CARMEN

Es noble.

CECILIA

Quizás a ella sí le pudiéramos cobrar un poquito más.

CARMEN

No, creo que no. Como tú muy bien has dicho, ya se te paga generosamente por tu trabajo.

CECILIA

Lo dije por decir nada más.

EMILIO

Pues dígale usted a esa señora noble que la tía no puede aceptar el encargo.

ROBERTO

Claro. Debes tomarte una temporada de descanso.

CECILIA

Dile que apenas termine ésto se los comenzaré a hacer.

CARMEN

Como quieras.

ROBERTO

Desde luego, lo que deberías hacer es venirte a vivir con nosotros y dejar ya de trabajar tanto.

CARMEN

Naturalmente que sí, mujer. Das una pena, viviendo así como vi-
ves. Hasta vergüenza. La gente habla.

CECILIA

Yo vivo bien, tranquila.

CARMEN

No nos dejas hacerte el bien.

EMILIO

Es que también ella quiere hacerlo.

ROBERTO

¿Y ~~en~~ qué bien puede hacer quedándose aquí?

CECILIA

Evitarles el que tengan que cargar con una vieja achacosa y en-
ferma como yo. Además, yo vivo bien. Ustedes se preocupan dema-
siado.

CARMEN

Sobre todo mi hijo, que ya no para en casa por estar aquí.

CECILIA

Sí, no debes venir tanto. Descuidas tus estudios.

CARMEN

Por eso lo decía yo.

ROBERTO

Bueno, no discutan. Ahora lo que importa es que te repongas rápidamente. ¿Cómo es que te has levantado? ¿No es demasiado pronto?

CECILIA

No. Ya me siento bien. Y estaba cansada de estar tanto tiempo en cama.

EMILIO

Entonces no le dió permiso el médico. Me mintió!

CECILIA

No, no te he mentado. Me dijo que podía levantarme cuando me sintiera bien. Y ya me siento bien.

ROBERTO

Creo que es demasiado pronto, cuñada.

CECILIA

Si no tenía nada. Era una tontería.

CARMEN

Los médicos exajeran mucho.

CECILIA

Sí. Y es natural. Si no lo hicieran se quedarían sin trabajo.

CARMEN

Yo recuerdo cuando estuve enferma del hígado. Por poco me dicen que era cáncer. Si hasta me querían operar.

ROBERTO

Pero, mujer, dabas tú unas descripciones de los síntomas que yo también creía que era cáncer.

CARMEN

Me dolía. Yo no tengo la culpa. Menos mal que ya me siento

bien. Aquello fue terrible.

EMILIO

Mamá, que la enferma ahora es la tía.

(Se resiente)

CARMEN

Perdona.

ROBERTO

¿Ya van a discutir otra vez? ¡Caramba!

EMILIO

Yo creo que sí, tía. Debería venirse a vivir con nosotros.

CECILIA

No. Por favor, Emilio.

(No insistas)

-Por cierto, Roberto, me dice tu hijo que tienes un conflicto con otro de tus obreros.

ROBERTO

Nada. Lo de siempre.

CARMEN

Eres demasiado suave con ellos. Por eso ahora quieren encaramársete encima. Si los trataras con mano de hierro todo iría mejor. Deberían estar contentos de que no eres como yo. Yo, ~~xxxxxxx~~ cuando voy a la fábrica, ni les contesto el saludo. Me da asco esa gente.

ROBERTO

No. Tampoco eso. -Pero, Emilio, no quiero que alternes con ellos en la forma en que lo haces. Te lo he dicho ya. No quiero ~~xxxxxx~~ tener que volvértelo a decir. El día de mañana vas a

pónerte al frente de la fábrica y es bueno que te vayas acostumbrando.

EMILIO

Sí, papá.

ROBERTO

No veo las flores que te dije que traieras.

EMILIO

Sí, las traje. Las he dejado en la cocina.

CECILIA

¿Conque fue tuya la idea? Gracias.

CARMEN

¿Flores? No sabía.

ROBERTO

No tiene nada de particular.

CARMEN

No.

CECILIA

No debiste hacerlo. No me gustan las flores. Me parecen cursis.

(Carmen sonríe burlona a Roberto)

ROBERTO

¿Cómo es que las bordas tanto, entonces?

CECILIA

Algo hay que bordar

EMILIO

Para damas cursis.

CARMEN

Que pagan con dinero cursi.

ROBERTO

¿Otra vez?

CARMEN

Habrás observado que tu hijo se burla de mí.

EMILIO

Mamá!

ROBERTO

He observado que ustedes ya no pueden estar juntos, ni siquiera en casa extraña.

CECILIA

Esta no es casa extraña. Y en el fondo se quieren. He visto a pocos hijos tan amantes de su madre como Emilio.

CARMEN

!J...!

CECILIA

Me habla de tí a todas horas. Se preocupa por tí. Esta misma tarde me decía que si estabas nerviosa era por tus preocupaciones.

CARMEN

Menos mal que lo reconoces.

CECILIA

Y tú también lo adoras.

CARMEN

Es mi hijo. ¿Tiene algo de extraño que lo quiera?

CECILIA

No. Te enfadas un poquito porque..., porque no lo tienes a todas horas a tu lado. , -Sales mucho con tus amigos.

ROBERTO

Este casi no tiene amigos. Los obreros, esos son sus amigos.

CECILIA

Vienes mucho aquí, en vez de estudiar.

CARMEN

Sus estudios, eso es lo primero en lo que tiene que pensar.

CECILIA

Claro. Tu madre tiene razón.

EMILIO

Traeré los libros aquí, entonces.

~~ROBERTO~~ CECILIA

!Emilio!, ¿qué te pasa?

EMILIO

Mamá, ¿por qué duda de que la quiero?

CARMEN

Porque no me lo demuestras. Ayer estuve toda la tarde esperándote.

EMILIO

Yo estaba... en el cine. No sabía. Perdóneme.

(Va junto a su madre y la abraza cariñosamente)

CARMEN

Te he comprado unas camisas muy bonitas. Para la universidad. Te gustarán. Espera a que las veas. Me han prometido mandármelas hoy mismo.

EMILIO

Gracias, mamá.

CARMEN

Hoy he estado de compras. -Tú que sabes de estas cosas, quiero enseñarte un abanico que...

(Lo saca de su cartera)

CARMEN

Te lo obsequio, si lo quieres. Y te advierto que hacen solamente uno de cada modelo.

CECILIA

Te lo agradezco en el alma, Carmen. Pero yo... no uso estas cosas.

CARMEN

Pero si es finísimo, mujer, no puedes despreciarlo.

CECILIA

Es que yo no uso estas cosas tan finas, Carmen.

ROBERTO

Déjala que haga una acción buena. Sé cuánto le cuesta desprenderse de él.

CECILIA

Bueno, gracias.

EMILIO

(A Cecilia, en voz baja)

!Gracias!

CARMEN

Claro, que si no te gusta... Porque también hay otros.

CECILIA

Como quieras.

ROBERTO

Ven, nos vamos. Yo tengo mucho que hacer hoy, y además, como nos quedemos lo vas a estropear todo. Voy a traer las flores.

(Sale hacia la izquierda)

EMILIO

Yo iré a buscar un libro que dejé aquí el otro día.

(Sale hacia la derecha)

CARMEN

No es por nada, pero te advierto que los otros son quizás más bonitos que éste.

CECILIA

Como tú quieras. A mí me da igual.

CARMEN

Bueno, ya hablaremos. Te dejaré éste aquí para que te decidas. Ten cuidado no lo ensucies. Yo volveré mañana, o pasado.

CECILIA

Sí, Carmen.

(Se miran)

CARMEN

Cecilia, el otro día me cogiste en un momento en que no tenía un centavo encima. Pero si todavía necesitas ese dinero que me pediste...

(Un reflector ilumina más al fondo, a la derecha, a Emilio)

EMILIO

(A Carmen)

¿Cuándo? ¿Cuándo le pidió ese dinero?

CARMEN

!Emilio!

EMILIO

(Se acerca)

¿Cuándo fué que le pidió ese dinero, tía?

CECILIA

¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así?

EMILIO

Es el dinero que necesitaba para comprar los remedios, ¿verdad?

CECILIA

No.

CARMEN

Fue antes de su enfermedad. Hace ~~más~~ de quince días. Dos semanas por lo menos.

EMILIO

¿Quince días? Sí. Era para los remedios. ¡Era para los remedios, madre!

CECILIA

Ella no sabía, Emilio.

EMILIO

¡Aunque no fuera para eso! Es una canallada!

(Roberto entra)

ROBERTO

¿Qué pasa?

EMILIO

Nada, papá. Nada.

(Carmen sale apresuradamente. Oscuro. Un par de reflectores iluminan en el fondo, a la izquierda, a Carmen y a Emilio. Al principio, Carmen le esquivo el rostro a Emilio.)

EMILIO

Fue una canallada, mamá. El médico le había recetado esos remedios hacía ya tres días. Ella no tenía dinero.

CARMEN

! Si me hubiera dicho que era para remedios, hijo!

EMILIO

Aunque no lo fuera, mamá. Aunque no lo fuera. ¿Para qué va a querer dinero la tía si no es para una cosa urgente? Pero aunque no fuera para nada urgente, a la tía no se le puede negar nada, siendo ella como es, la mejor persona del mundo. Se lo juro, mamá, que se me cae la cara de vergüenza. !Pagarle así, a ella! !Tenía fiebre en ese momento! !Estaba enferma!

CARMEN

La quieres más que a mí.

EMILIO

Yo no sé eso, mamá. Yo sólo sé que ella es una persona buenísima, y que usted la trata mal.

CARMEN

La quieres más que a mí. Esa ha sido su venganza, apartarte de mí, robármeme, como cree ella que yo le robé a tu padre.

EMILIO

Está en un gran error, madre. Usted no conoce a su hermana. Si hay alguien que me ha hecho amarla a usted, es ella. No sólo con su ejemplo, con sus palabras, defendiéndola a usted en todas las ocasiones, justificándola.

CARMEN

!Esa ha sido su venganza! Separarte de mí, robármeme! Lo demás son trampas, trampas encaminadas a este fin, a este momento. ¿Tú me odias. Lo veo en tus ojos. Cecilia es mala, Emilio. Me ha robado el cariño de mi hijo, y no hay peor delito que ése. !No hay peor delito que ése! Porque ella sabe que yo a ti... !Está bien, no me quieras! Vete con ella.

EMILIO

Usted está equivocada, madre. Usted tiene un gran remordimiento por papá y por toda la maldad que le ha hecho, y ahora de pronto se ha agarrado a esta supuesta venganza de la tía Cecilia para consolarse. ¡Pero no le sirve! ¡Déjeme decírselo yo! ¡No le sirve! La tía es incapaz de semejante venganza, de ninguna venganza. ¿Qué culpa tiene ella de que yo la admire? De que la quiera, ¿qué culpa tiene? Es indigno imaginarse siquiera que la tía haya querido ponerme en contra suya. Es indigno siquiera pensarlo, después de todo lo bien que me ha hablado de usted. Porque si ha hecho trampas ha sido para cubrir las culpas de usted, si ha mentido ha sido para pintármela a usted mejor de lo que es.

CARMEN

¡No! Ella sabía que tú sabías que mentía. ¡Trampa! ¡Y de la peor clase!

EMILIO

Es indigno, mamá, me avergüenzo de usted. Siento que sea usted mi madre. Siento que papá no se haya casado con ella, y lo siento no sólo por mí, también lo siento por papá.

CARMEN

(Feliz, tranquila al fin)

Bien. Esta es su venganza. Este es el castigo. Yo le robé a tu padre, y ella me roba ahora a mi hijo. Me duele, hijo. Pero estoy purgada. Se ha cobrado. ¡Por fin se ha cobrado!

EMILIO

¡Mamá! ¡Cochina!

(Oscuro. Reflector sobre Cecilia, que borda como al

principio)

CARMEN

!Cecilia!

(Luz sobre Carmen, a la izquierda)

Cecilia, he estado hablando con Emilio.

(Se acerca)

Me ha ofendido. Me odia.

CECILIA

¿Quieres que te ayude, ¿verdad? Bueno.

CARMEN

Sé que todo esto es obra tuya, que es la venganza que has ido tejiendo poco a poco, durante todos estos años. Tu obra está ya terminada. Es cruel, pero justa. Me llamó cochina. Fue como aceite hirviendo.

CECILIA

¿Emilio?

CARMEN

He venido a que te destapes, a que me sueltes todo ese odio que has ido almacenando durante toda tu vida. Muéstramelo, báñame con él, insúltame. He venido para eso.

(Baja la cabeza)

CECILIA

¿Odio? ¿Yo?

CARMEN

!Insúltame!

CECILIA

!Carmencita!

CARMEN

No trates de fingir! Tu obra ha dado frutos ya. No tienes por

qué encubrirla. Insúltame. Dime que te robé a Roberto, que mi vida fácil te estaba destinada a ti, pero que yo te la robé. ¡Cóbrate, Cecilia! ¡Te lo debo! Me has robado el cariño de mi hijo. ¿Te debo más?

CECILIA

(Llora)

!No!

CARMEN

Bien. Estamos en paz. ¿Por qué lloras? No quiero que te arrepientas. Fuiste justa.

(Se acerca a consolarla)

Yo te he hecho mal y tú me lo has hecho a mí. Estamos en paz. Porque yo te lo debía. Me has cobrado y te he pagado.

CECILIA

(Llorando aún)

Carmen, no. Tú no me debes nada. Quitate eso de la cabeza.

CARMEN

Yo te robé a Roberto. Tú me has robado a Emilio. Podemos darnos la mano. ¿Verdad?

CECILIA

No, Carmen. No sufras. Tú no me has robado a Roberto. El te escogió a ti.

CARMEN

!Es como digo yo! ¿Comprendes? Yo te robé a Roberto, tú me has robado a Emilio. Estamos en paz.

CECILIA

No, Carmen. No sufras. Ahora me parece que has sufrido toda la vida, !y no me perdonaré nunca si ha sido por culpa mía!

CARMEN

No. No he sufrido. Siempre me ha tocado lo más agradable de la vida, lo más fácil y suave. He sido feliz, sí, a mi manera: Mis amigas, mis reuniones. Pero a costa tuya, porque mi vida te estaba reservada a ti. Ahora ya te he pagado, te he pagado con ~~■~~ Emilio.

CECILIA

(Deja de llorar)

Me consuela saber que no has sufrido, que es una cosa momentánea, por Emilio. Lo de Emilio se puede arreglar. ¿Qué te ha dicho?

CARMEN

Cochina. Le dije cómo te las has arreglado para robarme su cariño, y él me llamó...

(No se atreve a decirlo)

CECILIA

Se puede arreglar. Cuando venga le diré que es cierto. Que he querido vengarme, cobrarme, robándote su cariño. No me lo querrá creer al principio, pero yo haré que me lo crea. Tendré que ofenderte. ¿Me das permiso? Es para hacerme odiosa a sus ojos.

CARMEN

(Desorientada)

¿Tú..., tú estás dispuesta a eso?

CECILIA

Y a más. A todo lo que sea preciso para que no sufras. Ese es mi corazón, Carmencita.

CARMEN

¿Entonces..., entonces, es mentira? ¿Tú no querías robarme a Emilio?

CECILIA

No, Carmencita, ¿cómo voy a querer eso?

CARMEN

¿Eres así tan buena, tan buena? ¿No has querido vengarte?

!Oooh, qué vil soy!

(Subrayado)

!Qué cochina he sido! !Toda mi vida...!

(Esconde la cara)

CECILIA

¿Lloras?

CARMEN

!Soy..., eso que dijo él!

CECILIA

Te había hecho tanto bien pensar que yo había querido robarte a Emilio, ¿verdad?

CARMEN

Hubiéramos quedado en paz. Me habría sentido en paz contigo.

CECILIA

!Es cierto! Tú no sufrías cuando entraste. Sufres ahora. Es ahora que sufres. Soy una tonta. Debí haberme dado cuenta.

!Hasta puedes pensar que esto es una continuación de mi venganza!

(Arrodillada)

!Te lo juro por los clavos de Cristo, por Dios vivo, que sólo quiero que no sufras! !Te lo juro por la salvación de mi alma!

(Carmen la mira desde lejos, enfuriéndose. Cecilia comprende que la está hirviendo aún más)

-!Es peor! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer, Dios mío? -!Es-

tás sufriendo, pobrecita mía! !Te estoy haciendo sufrir!

(Transición)

Era cierto, Carmen, yo he querido robarte a tu hijo. Todo ha sido un ardid mío, para que sufrieras. !Todo, hasta el juramento! Pero no te dejes engañar. No tienes por qué sufrir.

CARMEN

Mentira. Ahora estás mintiendo por mí. Eres buena.

CECILIA

! Es preciso que me creas! No echas a perder toda tu vida. Sigue viviendo feliz, como siempre. Es lo justo. -!Es lo justo, Dios mío! -Yo haré que Emilio vuelva a ti. Pero no sufras. ¡No sufras! O te lo robaré, si eso te sirve de consuelo, si es eso lo que quieres. ¿Qué debo hacer para que no sufras? Si eso te pone en paz con tu conciencia, te lo robaré.

CARMEN

No. No me quites a mi hijo.

CECILIA

Bueno. Yo haré que vuelva a ti. Pero no llores más.

(Carmen se ha calmado)

¿Has comprendido ya? Te remuerde la conciencia por cosas de las que no tienes culpa. Roberto te escogió a tí. Eras más bonita que yo. ¿Pero qué culpa tienes de haber sido hermosa? ¿Qué culpa tienes de haber tenido una vida que no te permitía reparar en... cosas pequeñas? Carmen, no tienes culpa.

CARMEN

(Pone su mano sobre la de Cecilia, agradecida)

No te preocupes más. No puedes hacer nada por mí. Los malos no tenemos remedio.

CECILIA

No eres mala, Carmen. No saldrás de aquí hasta que ~~n~~ te hayas convencido de eso.

CARMEN

Perdóname, Cecilia. Por todo.

CECILIA

!No tengo nada que perdonarte! !Compréndelo de una vez! Pero si te sirve para olvidar, bueno, te perdono.

CARMEN

¿Qué haré ahora? ¿Adónde iré?

CECILIA

Sigue viviendo tu vida de antes. Te pertenece. Es tuya. No tienes derecho a dejarla. Pronto ~~nada~~ olvidarás todo esto, con tus amigas, tus reuniones.

CARMEN

Siento esa vida tan lejos ya. No podría. !Era tan feliz antes! ~~A~~ mi manera, inconsciente, mala, pero era feliz. Y ya no podré serlo nunca más.

CECILIA

Claro que ~~podrás~~. No ha pasado nada. Absolutamente nada. Sólo tienes que darte la vuelta y regresar. Piensa que nada de esto ha pasado, que ha sido un sueño, un mal sueño que hemos tenido las dos.

CARMEN

¿Y Emilio?

CECILIA

Yo lo haré volver a ti. Serás feliz, como siempre, como antes.

CARMEN

¿Como antes? ¿Crees que pueda?

CECILIA

Estoy segura que sí. Tú verás. Sigue tu vida natural y verás cómo todo volverá a ser como antes. Pero debes ponér de tu parte, agarrarte de lo que eras, de lo que siempre has sido, y convencerte de que es así como eres feliz. Y convencerte de que Roberto es tuyo, porque él lo quiso, porque tú eras hermosa, y lo sigues siendo, Carmen. Convéncete de ello.

(La ayuda a levantarse y a adoptar su porte noble, aristócrata, repugnante, de antes)

Así, levanta la cabeza, así... Como toda una señora, como antes.

CARMEN

!Me cuesta!

CECILIA

!Agárrate duro, fuerte!

CARMEN

Bueno. Dame el abanico.

CECILIA

¿El abanico?

CARMEN

!Sí! !Dámelo! !No te lo doy!

(Transición)

Me cuesta. Es así como debo ser, ¿verdad?

CECILIA

Sí, Carmen, si así eres feliz, sí.

CARMEN

!Dámelo entonces! !Pronto!

(Cecilia se lo da)

Nunca me pidas nada. Nunca.

CECILIA

Está bien.

CARMEN

Y que vuelva Emilio a mí. Y que te odie a ti.

CECILIA

Bueno.

CARMEN

Que todo vuelva a ser como antes.

CECILIA

¡Sí, Carmen. Todo volverá a ser como antes. Recobrarás la paz.

CARMEN

(Al borde de ~~z~~ caer de nuevo)

¡Ojalá! ¡Ojalá pueda! (Sale, parece que llorando)

(Oscuro. Luz sobre Cecilia y Emilio)

CECILIA

Me alegro de que hayas venido, Emilio. Llevo dos días esperándote ansiosa. Tengo que hablarte. Me ha dicho mi hermana que la ofendiste, que la insultaste. Estuvo aquí llorando a lágrima viva. Nunca he visto a nadie sufrir así. Y es por culpa mía. Yo he conspirado contra tu madre desde que eras pequeño...

EMILIO

!Tía...!

CECILIA

!Déjame hablar! No me interrumpas, por favor.

(Que perdería el aplomo)

Yo he conspirado contra tu madre desde que eras pequeño, para robarle tu cariño. Comprende, Emilio. A ella siempre todo le ha salido bien. En el colegio era la más popular, todas las amigas

la buscaban. En cambio a mí... Cuando conocí a tu padre, tuve un asomo de esperanza..., me llené de dicha. Pero no tardó tu madre en quitármelo, en robármelo. Decidí vengarme entonces. ¿Comprendes, Emilio? Quise vengarme, robarle algo a tu madre, lo más precioso que tuviera: Tú. Oh, he tejido fino. Te he ido ganando poco a poco, poniéndote pequeñas trampas, menos descaradas...

EMILIO

!Tía...!

(Sin dejarse interrumpir)

...!menos descaradas! que las que usó tu madre para atrapar a Roberto, pero tan efectivas. No tenía prisa, tenía toda la vida por delante, porque era lo único a que me iba a dedicar. Al final has caído. He hecho como si la quisiera, como si la defendía, para quedar yo más buena a tus ojos. Cuando se defiende a una persona mala, sucia, tramposa, vil, como tu madre, es sólo para que se vea cuán buenas somos defendiéndola. Pero ahora me arrepiento. No quiero tener que responder por semejante pecado. Lo confieso: Todo fue cizaña mía.

EMILIO

Tía, no siga. Mamá se ha querido matar.

CECILIA

¿Cómo?

EMILIO

Papá la encontró ayer... La llevó al hospital, grave. Están ahí desde ayer. Quizás a estas horas haya... !Por culpa mía!

(Cecilia lo abraza)

No me dejan entrar. Dicen que no quiere verme. !Por mi culpa, tía!

CECILIA

!Carmen!, ¿qué locura has hecho?

EMILIO

!Por mi culpa!

CECILIA

No, hijo, tú no tienes culpa. En todo caso la tendría yo. Pero ni siquiera yo la tengo. -!Qué locura, Carmen!

EMILIO

Yo quería ser puro, tía. ¿Ve usted lo difícil que es? Quería ser justo, y lo que he logrado es bañarme en culpa y salpicarla a usted y a papá. Y está bien que yo salga sucio de esto, pero papá también se considerará responsable de su muerte, si muere. Y hasta usted, tía. Hasta usted.

CECILIA

Vamos a rogarle a Dios que no pase nada. Pero nadie es culpable. Ni yo, ni tu padre... ni tú. Nadie tiene la culpa. Dios lo ve todo. Sabe que la ofendiste por amor a mí, por verla pecar en mí. Sabe que yo me desesperé, que quise quitarle ese dolor que le diste. El lo sabe porque El lo ve todo.

EMILIO

¿No se siente usted culpable?

CECILIA

No.

EMILIO

Pero, ¿y papá?, ¿cómo haremos para que tampoco sienta culpa?

CECILIA

No crea que la sienta. Y si la siente es por pura generosidad suya, porque no la tiene.

(A Emilio)

-Fue una agonía larga. Pero no, no quiso confesarse.

CECILIA

!Pobre hermana mía!

ROBERTO

(Pero a Emilio)

Le dió vergüenza. Y me ha contado por qué, palabra por palabra. Me lo ha contado todo. Se confesó conmigo. Pero yo no pude absolverla. ¿Comprendes? No podía quitarle la única certeza que tenía, la de que era mala. No podía quitarle lo único que le quedaba. Se hubiera muerto desnuda, mareada. Era más digno morirse con algo en la mano. !Hacía muecas tan horribles!

(Se tapa el rostro)

EMILIO

No tiene usted la culpa, padre. Ni yo, ni usted, ni la tía.

ROBERTO

No. La culpa fue de ella misma. Ella lo reconoció. Cayó a la muerte hundida bajo el peso de su pequeña maldad de todos los días, que ella sumó con honestidad, y que la hicieron tocar fondo. Porque nada la sostenía. Nada. Una buena acción en toda su vida, un sacrificio...

(A Cecilia)

-Uno sólo, Cecilia.

(A Emilio)

-Y eso la hubiera salvado, se habría agarrado a él. No era tan mala. No pesaba tanto. Si alguno le hubiera tirado una cuerda, algo a qué agarrarse. Si alguien la hubiera hecho sentirse que de alguna forma había pagado, no se habría cobrado ella misma. Tú estuviste muy cerca, Emilio. Me la llamaste cochina. Tu madre fue inocen-

te. No la estoy defendiendo. No tengo con qué hacerlo. Pero hay dos clases de maldad, hijo. La del que la hace, la del que le hunde un puñal a otro, y la del que se goza en ser el instrumento de que otro peca, la del que se goza viéndose la herida para saber hasta qué punto pecó el agresor. Y esta es una maldad más sutil pero más profunda que la primera. Más peca el agredido que el agresor, cuando el agredido, en vez de contestar humanamente con otra puñalada, contesta con la otra mejilla, para que sea Dios quien lo vengue, porque sabe que Dios es más cruel. Hay más maldad en la resignación del mendigo que en la avaricia de quien le niega la limosna, porque el pecado del avaro lo paga él mismo condenándose, pero, por el pecado del mendigo, ¿quién paga? Ese pecado queda impune a los ojos de Dios. Dios no lo ve. Porque si lo viera, Jesucristo mismo estaría en los infiernos. Es el pecado de los pobres, de los feos, el pecado de los sangos, de los mártires. Ahora me explico por qué sonríen los mártires al morir. Se gozan de ver pecar al verdugo. Es su venganza. Un verdadero mártir debería romperse la cabeza con dos piedras antes de permitirle al verdugo cometer semejante pecado. Condenarse ellos mismos antes de ser el instrumento de la condenación del verdugo. Es una sonrisa perversa. Y es que no lo aman, al verdugo. Y es justo. Pero lo que no es justo es que lleven su venganza hasta ese extremo inhumano. Más peca el mártir que el verdugo, hijo. Hijo, si alguno te da una bofetada, no le vuelvas la otra mejilla, rómpele la cara mejor, porque si no, Dios te vengará y ~~le~~ le hará más daño.

(A Cecilia)

-!Mendigo! ¿Qué dices de todo esto? ¿No es cierto lo que he dicho? ¿Esa ha sido tu venganza: Encomendar a Dios a mi mujer para que me la mande a los infiernos?

EMILIO

Papá, la tía hizo todo lo posible para...

ROBERTO

¿Sí? ¿Qué hizo? ¿Qué hizo? No, no hizo nunca nada. Nada de lo que pudo hacer, de lo que debió hacer. ¡Debió querer vengarse! ¡Debió pecar un poco para ~~no~~ que no pecara tu madre tanto. Es inhumano ser tan bueno, ¡es inmoral! Ella se venga a la postre. A la postre es mala, inhumanamente mala. Pero se va a ir al cielo.

(A Cecilia)

¡Oh!, si Dios de veras ~~se~~ fuese justo te irías derecho a los infiernos, Cristo estaría en los infiernos, y todos ~~los~~ tus santos y mártires que permitieron que el pecado del prójimo se consumara en ellos, que no se opusieron a él con todas sus fuerzas, aún a costa de perder su alma, sino que, por el contrario, entornaron los ojos mientras los crucificaban, mientras el verdugo se iba hundiendo.

EMILIO

Ella quiso quitarle el dolor que yo le había dado...

ROBERTO

Para ser más buena y que pesara más el pecado de tu madre.

EMILIO

... aún cuando con eso iba a hacerse odiosa a mis ojos...

ROBERTO

No se trata ~~de~~ de tus ojos, sino de los de Dios.

EMILIO

(Grito)

¡Dios no existe, padre!

ROBERTO

No importa que Dios no exista. Ella cree en El y eso es lo decisivo.

EMILIO

!Tía, diga algo...!

ROBERTO

Hay demasiados héroes en el mundo. Demasiada gente excepcionalmente buena, o excepcionalmente mala. Y por admirarlos, o temerles, o amarlos, nos hemos olvidado de esos seres pobres, humildes, como el de tu madre. Y mientras los admiramos, a estos héroes, el ser humilde se escurre fuera de escena y sin que nadie lo note, se suicida. !Y encima de todo esto tenemos el coraje de sorprendernos! !Los están mandando a los infiernos sin que nos demos cuenta! Los están condenando ya en esta misma vida. Los están matando vivos, están haciendo que se suiciden. !Los están mandando vivos al infierno, Emilio! Y de la manera más vil,

(Vuelve a ver a Cecilia)

sin comprometerse en nada, permaneciendo limpios, inocentes, buenos...

EMILIO

!Tía, por favor...!

ROBERTO

Ella quiso quitarle su dolor porque el dolor podía salvarla. Ella fue buena para hundir más a tu madre, ante los ojos de Dios, no los tuyos, que no creo que le importen mucho. Se desesperó cuando vió que tu madre se hacía méritos suficientes, se desesperó y se los quitó con ese pecado lento, reflexivo, sutil, como esa labor que hace.

(A Cecilia)

¿Era por eso? !El dolor la ha salvado! No. Mentira. No es así como termina. Tú te vas a ir al cielo, Cecilia. Carmen y yo al infierno. Por malos y por ricos.

(A Emilio)

¿Lo sabías tú eso? También por rico^s nos vamos a condenar. Y los pobres nos ven cómo nos hundimos, y se gozan de ello, y se van al cielo. El otro día salió tu nombre en el juzgado. Gutiérrez te acusó de ser espía mío. Dijo que eras un señorito que fingías amistad con los obreros sólo para escuchar sus conversaciones... Yo sé que le has comprado remedios, juguetes para sus hijos... Y eso no te lo perdonaré nunca, el que te hayas servido de él para apuntarte en tu nombre una acción generosa. ¿Ves? ¿Comienzas a entender?

(Emilio le mira a los ojos)

Sé lo que estás pensando. La próxima vez que lo veas te portarás malo con él, y es eso lo que ellos quieren, que te hundas en el pecado, que te vayas a los infiernos. Esa es la venganza de los pobres, su maldad. No te lo había dicho para que no logaran su fin, pero no tienes remedio, hijo, te vas a ir a los infiernos. Y además, lo prefiero. ~~Además~~ Allí estaremos tu madre y yo. ¿Qué vamos a hacer nosotros entre ángeles, Emilio? Y aunque quisiéramos. No nos dejan entrar. A Gutiérrez yo le ofrecí hace tiempo otro trabajo, más suave, mejor remunerado. ¡Y no lo quiso! Me miró, se sonrió, y dijo que no. Se estaba sonriendo. Estaba gozándose de verme el alma sucia, estaba embarrándomela más. Él su tristeza se la cura rezando, porque ellos también rezan, a su manera. Pero yo, tu madre, comprenderás que nosotros no tenemos la cara para rezar.

(Por fin el llanto lo vence y comienza a llorar, conteniéndose al principio, pero cada vez más desconsoladamente, sin taparse la cara ni disimularlo, hasta que al final es ya un llanto desgarrador, feo)

Nosotros no tenemos consuelo.

(A Cecilia)

-Tú sí, mendiga miserable, inhumana, tú sí. Gózate de saber que mi mujer está ardiendo en estos momentos. Gózate, que ése es tu pecado que queda impune...

CECILIA

(Tirándosele encima a estrangularlo, transformada en fiera)

!Malo! !Malo! !Malo!

(Roberto la avienta al suelo de una ruda bofetada)

ROBERTO

...!En el cielo, no aquí en la tierra! Ahora que te consuele Dios. Eso es lo que querías, que nosotros te hiciéramos daño para que Dios te consuele, para merecerte su caricia. Bueno, !merécetela! !Toma!

(La pateo)

Dios no puede ver el pecado de ustedes, es demasiado sutil, y además, no le conviene. Pero yo sí lo veo. Nosotros, los hombres, los ricos, los avaros, nosotros sí lo vemos. Y puesto que nos vamos a ir a los infiernos, les vamos a dar el suyo aquí. Saldremos perdiendo, lo sé. Los hombres somos más misericordiosos que Dios. Pero no importa. Alguien tenía que ser el santo, el mártir. !Toma, gózate, gózate...! Vete al cielo, vete de aquí! !Vete, monstruo, vete...!

(Emilio se le suma, también llorando y entre los dos la matan a patadas. Mientras tanto, ha ido cayendo el

T E L O N

E L L O C O



Personajes, según el orden en que aparecen:

DOCTOR

POLICIA 1^o

INSPECTOR

POLICIA 2^o

POLICIA 3^o

ENFERMERA

ESPOSA

HIJA

Derecha e izquierda, las del público.

A C T O U N I C O

Sala de espera de un médico psiquiatra. Al fondo, puerta principal. En el lateral izquierdo, puerta que comunica con el consultorio. La decoración debe ser realista.

(Entran por la puerta principal el Doctor y un Policía)

DOCTOR

(Voz baja)

Mire usted, ~~ahí~~, aquella es la puerta. Lo he encerrado en el consultorio.

POLICIA lo.

(Voz baja también. Nervioso)

¿Y... tiene usted la llave?

DOCTOR

Sí, aquí está. Tenga.

(El Policía lo. no la coge)

POLICIA lo.

¿Y no hay otra puerta, una ventana, por donde pueda haberse escapado?

DOCTOR

No. De salir, tendría que ser por aquí. Tenemos que proceder con mucho cuidado. Está armado, como le digo. No sé de dónde pudo conseguirse ese cuchillo. Tiene usted que quitárselo. Es un loco furioso.

POLICIA lo.

Quizás debamos esperar a que venga el inspector. He telefonado y no tardarán en llegar.

DOCTOR

Pero puede forzar la puerta mientras tanto. Los locos, cuando se enfurecen, tienen una fuerza prodigiosa. Es peligroso. Si ese loco sale a la calle... en ese estado... No quiero ni pensarlo. Me sentiría responsable.

POLICIA lo.

No oigo nada. No parece que tenga intenciones de forzar la puerta.

DOCTOR

Tengo más de diez años de ejercer la profesión de médico psiquiatra. Conozco estos casos. Les da por arrebatos. Es imprescindible que le quite usted ese cuchillo. También usted será responsable si ese hombre se escapa y comete un crimen. Cualquiera transeúnte..., los que habitan este edificio..., nosotros mismos..., cualquiera puede ser la víctima o las víctimas de esa fiera encerrada.

POLICIA lo.

Bu...bu...eno. Deme usted la llave.

DOCTOR

Tenga. Despacio, sin hacer ruido. Hay que agarrarlo desprevenido.

(Se acercan a la puerta)

Tenga preparada la pistola, por si acaso. Puede que esté furioso todavía. Corremos un peligro mortal.

(El Policia lo. abre la puerta con mucha precaución. El Doctor se ha quedado unos pasos atrás)

DOCTOR

!Cuidado! !Está furioso todavía! !Se nos viene encima! !Cuidado!

(El Policía lo. dispara tres tiros. Pausa. El Doctor sale por la puerta. Al poco rato vuelve a entrar)

DOCTOR

Lo ha matado.

POLICIA lo.

Yo nunca había matado a nadie.

DOCTOR

No había más remedio que matarlo.

POLICIA lo.

Yo nunca había matado a nadie. Pero estaba furioso. Usted lo vió.

DOCTOR

Pierda cuidado. Ha cumplido usted con su deber. ¿Ve usted?

(Le muestra el cuchillo)

~~Me~~ No sé en dónde pudo haberlo conseguido.

POLICIA lo.

Pobre hombre. ¿Tenía familia?

DOCTOR

No. Era un hombre solo.

(Se sienta)

Me ha trastornado un poco todo esto. No sabe usted lo que significa para mí, que un paciente mío... Y sobre todo éste, Ricardo, en quien tenía tantas esperanzas de un restablecimiento total. Pero ya ve usted.

POLICIA lo.

¿Se llamaba Ricardo?

DOCTOR

Sí. Ricardo... no sé cómo. No recuerdo ahora mismo su apellido.

Yo le llamaba Ricardo simplemente.

POLICIA lo.

¿Pero cómo es que ha venido aquí, a su consultorio, solo?

DOCTOR

No. El trabajaba aquí, conmigo.

POLICIA lo.

¿Cómo?

DOCTOR

Comprendo que le extrañe. Pero tenga usted en cuenta que Ricardo estaba completamente sano. En apariencias, por lo menos. Quise mostrarle la confianza que tenía en él, distinguirlo de los otros enfermos del sanatorio. Pensé que eso le haría bien, que... Pero, le ruego, señor agente, tendré que explicarle todo esto al inspector que ha llamado usted y..., ¿comprende? Si tuviera usted la bondad de esperar, me ahorraría el contarle dos veces. No sabe usted cómo me ha indispuerto este incidente.

(Suenan una campanilla musical)

POLICIA lo.

Debe ser el inspector.

(Va a abrir)

(Entra el Inspector acompañado de otros dos Policías)

INSPECTOR

¿Lo han cogido ya?

POLICIA lo.

Sí, señor.

INSPECTOR

Usted es el doctor...

DOCTOR

Francisco Velasco, para servirle.

INSPECTOR

¿Dónde lo tienen?

POLICIA lo.

Ahí dentro.

(El Inspector le pregunta con la mirada si no es peligroso acercarse)

Está muerto.

(El Inspector mueve negativamente la cabeza y entra al consultorio)

DOCTOR

(A pesar de que el Inspector no se detiene a prestarle atención)

Le explicaré, señor inspector. Estaba furioso y se había conseguido un cuchillo. El señor agente no tuvo más remedio...

(El Inspector sale del consultorio)

Como le decía, cuando abrimos la puerta...

INSPECTOR

(Lo interrumpe)

¿Dónde está el teléfono?

DOCTOR

Ahí.

(Sobre la mesita de la enfermera)

INSPECTOR

(A uno de los policías que vino con él)

Pide una ambulancia.

(Al otro que también vino acompañándole)

-Tú, toma nota del teléfono y quédate abajo en la portería. Preguntata a todo el que entre a qué piso va. A los que vengana a ver al doctor les dices que hoy no podrá atender. Si hay algo fuera de lo corriente, llamas. Llama también a la Comisaría. Dile al sargento que yo iré más tarde a dar el informe.

(El Policía interpelado se cuadra, saluda informalmente y hace mutis)

INSPECTOR

(Al Doctor)

Perdone que le estropeemos el día, doctor. Pero, hay un muerto de por medio, y eso puede ser grave algunas veces.

DOCTOR

Estoy a su entera disposición.

INSPECTOR

Formalidades. Rutina.

(Al Policía lo.)

-Tú dijiste por teléfono que se había escapado un loco, no que lo habían muerto. -No se le acusa en lo más mínimo, doctor, pero quiero que, en todo cuanto diga...

POLICIA lo.

Fuí yo quien lo mató, inspector.

(Gesto del Inspector)

POLICIA 2o.

No hay ninguna ambulancia disponible en este momento, señor inspector.

INSPECTOR

No importa, no hay prisa.

POLICIA 2o.

Es lo que les he dicho.

INSPECTOR

Sí, es verdad. Dijo usted también que el señor agente no tuvo más remedio. Soy un poco distraído. También dijo que se había conseguido un cuchillo.

DOCTOR

Sí, aquí está, mírelo.

INSPECTOR

Ajá.

DOCTOR

El señor agente no tuvo más remedio que disparar.

POLICIA lo.

Es... la primera vez que uso la pistola.

(El Inspector lo ve, comprende y le da una palmadita en el hombro)

INSPECTOR

De todos modos, doctor, creo que usted ~~hay~~ ya no se sentirá con ánimos de trabajar.

DOCTOR

En absoluto.

INSPECTOR

Y comoquiera que tengo que dar un informe sobre lo ocurrido, le agradecería...

DOCTOR

Sí, cómo no, con mucho gusto. Pero, permítame que me sienta, todo esto me ha indispuerto.

INSPECTOR

Lo comprendo.

DOCTOR

Ricardo siempre fué pacífico...

INSPECTOR

¿Ricardo?

DOCTOR

Sí, Ricardo Ulloa.

(El Inspector le hace una seña al Policía 2o. para que se sienta junto a la mesita de la enfermera y vaya tomando

ramente por eso se dedicaba a otra. No lo sé con certeza, pero creo que era un hombre más o menos feliz a pesar de todo. Sus vecinos, pobres también, veían en él a un ser extraño, y lo extraño se teme siempre. Le temían. Un día hubo una trifulca, llegó la policía, se detuvieron, pidiéron informes sobre él, y... al manicomio. He leído la descripción del cuarto que habitaba. En efecto, había allí cosas raras. Muchos libros. Un hueso humano. Las paredes las había pintado de monos...y no recuerdo cuántas cosas más. El que se encargó de escribir su expediente, por lo visto, era un hombre de mucha observación... o imaginación. Usted comprenderá, pues, qué después de leer eso y una hoja clínica muy favorable que contrastaba con... Pues quise verlo. Y en efecto, era un hombre más o menos normal. Sé la tragedia que significa para un hombre más o menos normal el ingresar por un accidente, por una cuestión baladí, -la trifulca no había sido otra cosa-, en el manicomio del estado. Los ha habido quienes se han vuelto locos de verdad. Temí que a Ricardo le pasara algo semejante. Como también sé lo difícil que es salir del manicomio una vez ingresado, me lo llevé a mi sanatorio particular. No pensé nunca en una remuneración económica, ya le he dicho que era un hombre pobre. Por otra parte, no se le conocían parientes.

(Sonreído)

El decía que sus parientes eran los ángeles.

INSPECTOR

¿Los... ángeles?

DOCTOR

Sí. No debemos olvidar que era un enfermo mental. O que, por lo menos, estaba sobre esa línea tan sutil que, aunque sea por pura

convención, divide a los cuerdos de los dementes. Ricardo, si bien razonaba aparentemente como un hombre cuerdo, tenía a veces cosas... Sobre todo al principio. Como eso que decía de los ángeles, por ejemplo. Algunos rasgos de su carácter: No reía nunca. La risa, es otra de las convenciones, es una de las cosas sin la cual no podemos imaginar a un hombre cuerdo, sano. Ricardo no reía nunca. Todo esto sumado, y otras cosas, hacían de Ricardo Ulloa...

INSPECTOR

¿Un... loco?

DOCTOR

No. Bueno, sí, pero un loco especial, ¿usted comprende? Ultimamente se dió cuenta de que tenía que ceder ante esas convenciones, y en el último reconocimiento que le hice todos los resultados fueron favorables. Pero yo no podía darle de alta hasta que no estuviera completamente seguro, porque hay ciertos enfermos mentales... o locos, si usted prefiere, en quienes la enfermedad casi no se manifiesta sino que permanece agazapada esperando un estímulo insignificante pero secreto, o que ceda un nervio... ¿usted me entiende? Entonces, de pronto, les da un arrebató, se ponen furiosos... Y es posible que después vuelvan a estar normales, en apariencias por lo menos.

INSPECTOR

Y este loco... Ricardo, ¿tenía arrebatos con frecuencia?

DOCTOR

No. Nunca se supo que los tuviera. Hasta hoy..., esta mañana, en que me he salvado de milagro. Logré salir, dejarlo encerrado, y bajé corriendo a buscar un policía. Por fortuna encontré aquí al señor agente a la vuelta de la esquina.

INSPECTOR

Ya. ¿Y.. qué hacía él..., aquí..., con usted?

DOCTOR

Lo tenía de ayudante. No quería yo que estuviera todo el día en el sanatorio con los otros enfermos, y quería darle un poco de confianza, de responsabilidad. No se puede imaginar usted lo que significa para un enfermo el sentirse responsable de una labor. Les ayuda a recobrar ese equilibrio mental y el sentido social, por así decirlo, que en resumen es justamente de lo que adolecen. El tenerse, el poseerse, el ser dueño de sus actos y sentirse libre... Perdone usted, son psiquiatra y divago.

INSPECTOR

En resumen, que quería usted desarrollar su sentido de la responsabilidad.

DOCTOR

Exacto.

INSPECTOR

Pero, ¿no se da ^{ba}cuenta del peligro del peligro que corría? ¿Que podía pasar... lo que hoy?

DOCTOR

No. No. Ricardo estaba completamente sano. Así lo creía yo por lo menos. Su dada de alta era cuestión de semanas. Rutina, formalidades, como dice usted. Algunos de mis colegas incluso me reprochaban el que no le hubiera ya dado de alta. Yo quería, sin embargo, estar seguro. Por otra parte, aquí podía yo observarlo a mi gusto.

INSPECTOR

Pero, por lo visto, tanto usted como sus colegas se equivocaron.

INSPECTOR

(Se levanta)

Bien, doctor. Le estoy muy agradecido. Creo que se puede usted ir a su casa. Yo me quedaré aquí hasta que vengan a recogerlo. Dejaré la llave del despacho en la portería.

DOCTOR

Muy bien. Tenga.

(Le da las llaves)

No sabe usted cómo me ha indispuerto todo esto. Con su permiso, voy a cambiarme de ropa.

(Suena el teléfono. Lo contesta el Rlicía 2o.)

POLICIA 2o.

Diga.

(Pausa)

Espere. -Pérez. Que está abajo la enfermera.

INSPECTOR

No, que no suba, que se vaya a su casa. -Me imagino que hoy ya no trabajará usted, doctor.

DOCTOR

No, por supuesto.

POLICIA 2o.

(Por teléfono)

Que se vaya.

(Pausa)

Espere. -Que si puede subir a buscar su cartera.

INSPECTOR

Bueno.

POLICIA 2o.

Que suba.

DOCTOR

Con su permiso, señor inspector, voy a cambiarme de ropa.

(Gesto al camión blanco de médico que lleva puesto)

INSPECTOR

Sí, sí, naturalmente.

(El Doctor entra al consultorio)

INSPECTOR

Es muy cortés.

(Al Policía lo., que continúa abatido)

-No te pongas así, hombre. Es lo mejor para todos, para él también.

(Al Policía 2o.)

-Hoy no vas a aprender nada, señor aprendiz de inspector. Lo siento. Esta noche vamos a ir al cine, mi mujer y yo.

(Al Policía lo.)

-Vamos, Juan, sacúdete, hombre.

(Pero se contagia)

-Pobre diablo!

(El muerto)

(Suena la campanilla. El Policía 2o. abre. Entra la Enfermera)

ENFERMERA

Buenos días.

INSPECTOR

Buenos días.

ENFERMERA

¿El doctor Velasco?

INSPECTOR

Está ocupado. Recoja usted su... cosa y puede irse.

ENFERMERA

¿Está completamente bien el doctor? ¿No le ha pasado nada?

INSPECTOR

Nada. A él no le ha pasado nada.

ENFERMERA

Pobre Ricardo. Me lo contó el de abajo...

INSPECTOR

Es lo mejor para todos, señorita. Para él también.

ENFERMERA

Sí. Era una imprudencia tenerlo aquí. Yo se lo ~~x~~ había advertido al doctor.

(Recoge su cartera. Seguramente estaba en la gaveta de su escritorio)

¿Puedo hablar con el doctor?

INSPECTOR

Está cambiándose de ropa. Telefonéele usted a su casa esta tarde. Hoy ya no va a trabajar.

ENFERMERA

Dígale que así lo haré. Adiós. Muchas gracias.

INSPECTOR

Oiga usted, señorita. Un momento. Dijo usted que era una imprudencia tener a Ricardo aquí y que ya se lo había "advertido" al doctor. ¿Qué quiso decir?

ENFERMERA

Pues, no sé. Eso. Usted comprenderá que tener en el despacho a un loco es una imprudencia.

INSPECTOR

Tengo entendido, sin embargo, que ya estaba completamente sano. Se

le iba a dar de alta. Luego, no veo yo que sea tanta la imprudencia. Pero usted se lo había "advertido".

(Pausa)

¿Qué?

ENFERMERA

Nada en particular. Detalles. Quizás sólo presentimientos.

INSPECTOR

Concretice usted, por favor.

ENFERMERA

Le repito, no sé. La expresión de cara que ponía cuando el doctor le mandaba a hacer algo... Ricardo era muy orgulloso, muy inteligente. Le humillaba un poco el tener que servirle al doctor.

INSPECTOR

¿El doctor le humillaba?

ENFERMERA

No, no, no he dicho eso. He dicho que se sentía humillado cuando... tenía que ir a abrir la puerta, por ejemplo. Y o se lo advertí más de una vez, pero ya habrá visto usted cómo es él. Es muy amable, muy bueno. El doctor quería estar seguro de su salud mental antes de darle de alta. Quería observarlo a todas horas. Sobre todo porque estaba en juego la felicidad de su hija. Le juro a usted que me es difícil creerlo.

INSPECTOR

¿Qué?

ENFERMERA

El que esté Ricardo muerto.

INSPECTOR

Pero usted tenía... presentimientos de que no estaba tan sano como

lo creía el doctor.

ENFERMERA

Sí. Es cierto. Pero aún así. No creí nunca que le daría ningún ataque o que se pondría furioso, así, tan inesperadamente. En fin, qué le vamos a hacer. Le dice usted al doctor que yo le telefonearé esta tarde.

(Marca el mutis)

INSPECTOR

No, no se vaya usted, señorita. Ha dicho usted algo muy interesante: "Sobre todo porque estaba en juego la felicidad de su hija". ¿Qué quiso decir?

ENFERMERA

¿No le ha dicho a usted el doctor que Ricardo y su hija...?

INSPECTOR

...¿estaban enamorados? No. No me lo ha dicho. Es curioso. Pero, bueno, el doctor está un poco indispu~~sto~~to. Debemos perdonárselo. De manera que si quiere me lo puede decir usted.

ENFERMERA

Pues, nada más eso. Que estaban ~~a~~ enamorados.

INSPECTOR

¿Comprometidos quizás?

ENFERMERA

No sé. Yo aquí soy solamente... El doctor no me informa de sus asuntos privados, naturalmente.

INSPECTOR

Naturalmente. Pero usted quizás le habrá advertido también que...

ENFERMERA

Le repito que no suelo meterme en los asuntos privados del doctor.

INSPECTOR

Perdone.

ENFERMERA

Sin embargo, no creo que el doctor haya pensado nunca seriamente permitir semejante enlace. Había una desproporción en la edad. Ricardo era un hombre maduro ya, y además, después de todo, era... ¿usted comprende?

INSPECTOR

Perfectamente. ¿Y la hija...?

ENFERMERA

La señorita Beatriz es muy amable, muy buena también, pero ella no sabe, en realidad, lo que es un enfermo mental. Ella estaba segura de que Ricardo era completamente normal. Incluso discutía con el doctor alguna vez.

INSPECTOR

Ajá.

ENFERMERA

Cuando sepa, y le pase el dolor, se dará cuenta de lo cerca que estuvo de un gran peligro.

INSPECTOR

Sí, desde luego, señorita...

ENFERMERA

Nora Vázquez.

INSPECTOR

Señorita Nora, ¿usted vive cerca de aquí?

ENFERMERA

No. En la avenida Balboa.

INSPECTOR

¿Qué número?

ENFERMERA

(Extrañada)

Cuarenta y uno.

INSPECTOR

(Vuelve a ver al Policía 2o. para ver si lo había apuntado)

No se preocupe usted, por favor. Rutina. Formalidades. Voy a hacerle una pregunta. Quiero que me conteste la verdad. Es decir, lo que en su opinión es la verdad.

ENFERMERA

Dígame.

INSPECTOR

¿Cree usted que el doctor Velasco haya tenido motivos, intereses...? O, mejor, puesto de otro modo: ¿Se beneficia en algo el doctor con la muerte de este pobre loco?

ENFERMERA

No sé en qué está pensando usted.

INSPECTOR

Pienso en su hija, en lo que usted me ha dicho. ¿Usted, no?

ENFERMERA

Sólo faltaba eso, que se le acusara al doctor, después de haberse preocupado tanto por Ricardo, teniéndolo aquí, arriesgándose él mismo.

INSPECTOR

Sin embargo, usted dijo que podía haber jurado que a Ricardo no le daría nunca un ataque de estos.